

Claude May, gentil artista de la Ufa,
en el nuevo film «Un jour viendra»



Esther Ralston, la bella y sugestiva
artista de la pantalla, que después
de una brillante actuación en Euro-
pa, ha regresado a Hollywood, in-
corporándose a la M. G. M.

Claude Ma

Carole Lombard, des-
tacada figura de la ci-
nematografía mundial



OLE LOMBARD in Paramount Picture

Fredrich March, el gran actor de
la Paramount



Joan Crawford y Clark Gable, en la más grande creación de su vida, «Alma de bailarina», la superpelícula que nos será dado admirar esta temporada en Barcelona como digno colofón de la grandiosa producción Metro Goldwyn Mayer



Ethel Merman, bellísima actriz de la Paramount

LA PRIMERA ESTRELLA SOVIET

La dramática historia de Anna Sten, obscura hija de la convulsionada Rusia, y cómo la descubrió el productor Samuel Goldwyn

He aquí cómo comienza la historia de Anna Sten. Aunque parezca una novela, es la real historia de su vida.

Cierta domingo por la mañana, un productor leía el periódico «The New York Times». Al volver sus voluminosas páginas, sus ojos se fijaron en la sección dedicada a los rotograbados. De pronto su rostro se iluminó. Miró detenidamente cierta fotografía y la marcó con un círculo alrededor.

El nombre del productor era Samuel Goldwyn, y la fotografía que tanto llamara su atención, era de Anna Sten, la primera estrella soviética que surgía de la destrozada Rusia. Antes de que hubiesen transcurrido veinticuatro horas, los agentes del señor Goldwyn embarcaban hacia Europa, en busca de Anna Sten.

Los reportes enviados por aquellos agentes no hicieron sino confirmar la primera impresión. Efectivamente, se trataba de una actriz que algún día podía ser calificada como una de las más grandes del mundo. Había logrado salir ileso de entre la tormenta de sangre de la cual Rusia también esperaba salir victoriosa y normalizada.

Inmediatamente, Samuel Goldwyn envió órdenes breves: «Contrátenla». La respuesta a su cable, fue otro que decía: «La muchacha no habla una palabra de inglés». Y de nuevo el señor Goldwyn ordenó brevemente: «No importa. Ya lo aprenderá». Así, sin la menor vacilación, echaba sobre sus hombros una responsabilidad que costaría mil quinientos dólares semanales, sin otro fundamento que su propia certeza de haber encontrado una rara avis; una mujer cuyas cualidades fotogénicas y condiciones histrionicas podían emocionar a millones. Y aquellos que estén familiarizados con la historia de la cinematografía, saben que estos ejemplos son escasos. Pero Samuel Goldwyn es un experto en asuntos de teatro. Un experto sublime. Puede visualizar cosas que podría traducir en palabras. Y estaba dispuesto a respaldar con su propio dinero aquella opinión respecto a Anna Sten, aunque para muchos parecía una locura.

Cuando Anna Sten desembarcó en la América, su saludo a los reporteros que fueron a darle la bienvenida, consistió en algunas palabras aprendidas durante la travesía. Mientras, en Hollywood, Samuel Goldwyn esperaba a la joven actriz, dispuesto a encomendarle un papel importante en un film cuyo título

Por EDWIN C. HILL

desconocía aún, ya que ni siquiera había encontrado la historia para el mismo.

Sin embargo, desde el primer momento había convenido en pagar a la estrella soviética mil quinientos dólares semanales, mientras que ésta aprendía el idioma inglés y él revolvía cielo y tierra en busca del argumento a propósito para el debut de aquella.

Es posible que muchos de los lectores no conozcan la novela «Naná», del gran escritor Zola. Es posible que ni el mismo Samuel Goldwyn la conociera, hasta que alguien le presentó una sinopsis cinematográfica de la misma. Inmediatamente, el productor le echó mano. Era el drama espiritual de una mujer del arroyo, quien a través de circunstancias amargas, abrió el surco de su trágico destino. Un drama de feo y color. El sollozo de un alma que lucha por encontrarse a sí misma. Pero, ¿podría Anna Sten interpretarlo? Samuel Goldwyn tenía fe. La fe del creador hábil que ve más allá del horizonte visible al hombre común.

Y así comenzó Samuel Goldwyn a trabajar en la soledad de Hollywood, donde, a pesar de toda la publicidad, nadie sabe nunca lo que en realidad sucede. Y ahora, después de dos años, podemos apreciar cuánta razón tenía el productor. Pero olvidemos por un momento la película de Anna Sten, para introducirnos en la vida real de esta actriz, a quien veréis pronto en un film cuyo título ha llegado a ser familiar en todo el mundo.

Retrocedamos al año 1910.

En ese año, allá, en la vieja ciudad de Kiev, al margen del Dniéper, nació una niña de madre sueca y padre ucraniano. La llegada de la hija trastornó por completo las ambiciones de la madre, que había soñado en ser actriz; pero no afectó en nada la vida del padre, bailarín alegre e inquieto como un gitano. Durante algunos años, empero, las cosas marcharon bien. Hasta que alguien disparó el primer tiro. Sonó el clarín y los soldados comenzaron a marchar, al compás del plafar de los caballos. La guerra había estallado. Y el despreocupado, alegre y esbelto bailarín, se echó un fusil al hombro y se lanzó a la batalla, con la misma alegría que si

hubiese ido a bailar a la feria de un pueblo.

Anna Sten tenía entonces pocos años. El padre regresó, sólo para morir en el hogar. Se había distinguido como bailarín y como soldado, pero no dejaba un solo kopeck a la viuda y a la hija, que ya se estiraba como una mujer, ni a la otra hija, que llegó poco después de su muerte.

Y allí comenzó la odisea de terror de aquellas tres criaturas. Primero las bombas alemanas explotando en la ciudad, después las caballerías de los ucranianos revolucionarios blandiendo lanzas y espadas, el tempestuoso ejército blanco, el furioso ataque de los bolcheviques, y los polacos guerreros entonando sus salvajes cantos de victoria.

Y comenzó la venta de las joyas de familia, a las que siguieron los otros muebles del hogar. Anna llegó a conocer intimamente a todos los prestamistas y cuantos traficaban y medran con la pobreza y desolación de los demás. Cuando todo hubo desaparecido, la chica, animada por la audacia del hambre, invadió el mesón de un campesino, en busca de trabajo. Y vaya si trabajó. Trabajó de la mañana a la noche, y su salario era la comida para su familia.

Pero llegó el día en que aun en aquellas ciudades más prósperas, de millón y medio de almas, hasta las migajas se valuaron como cosas preciosas. El país entero estaba desnudo, desolado y frío. Hasta se hablaba de manadas de lobos hambrientos.

Pero nada detuvo a Anna que, envuelta en su chal y llevando encima todas las faldas que encontrara en la casa, peregrinó por los alrededores del pueblo en busca de alimento para los suyos. Y de esta manera vivieron durante aquellos desesperados años.

Del caos, por fin, surgió un poco de luz. Y uno de los primeros pasos que dio el Gobierno Soviet, fue la instalación de un Teatro del Estado. Dios sabe si la gente necesitaba diversión.

Y Anna Sten, favorecida por la herencia que le legaran sus padres, se unió al grupo de artistas aficionados, encontrando favor a los ojos del gran director Stanislavsky.

Actuó para él en una producción inspirada en la pieza de Gerhard Hauptmann, y gracias a Stanislavsky, a la edad de quince años, Anna fue admitida en la Academia Cinematográfica del Soviet.

La nueva Rusia vio rápidamente

Con «Catalina la Grande» la cinematografía inglesa amenaza derrocar la supremacía de Hollywood

El reto que la industria cinematográfica inglesa lanzó a Hollywood en octubre pasado con la presentación mundial de «Los amores de Enrique VIII», la obra maestra de Alexander Korda, aclamada en todas partes como una de las diez mejores películas de 1933, asumió más profundo significado y mucha mayor realidad al estrenarse «Catalina la Grande», la épica producción que la London Films ha hecho de la vida de la famosa emperatriz rusa, el día 14 de febrero en el Cine Astor, de Nueva York, ante un auditorio compuesto casi por entero de notabilidades de las tablas y de la pantalla y de lo más florido de los círculos sociales y políticos.

La decisión de la United Artists Corporation, distribuidora internacional de la cinta, de estrenar «Catalina la Grande» en uno de los más lujosos cines de tanta reservada de Broadway, ha causado verdadero furor en toda la industria.

Esta es la primera vez en los anales de la cinematografía norteamericana que una película hecha en Inglaterra se exhibe en un salón cinematográfico de dos tandas diarias con asientos reservados y a dos dólares la entrada. Lo cual significa no sólo que la United Artists cree firmemente que «Catalina la Grande» está a la par con lo mejor que ha producido Hollywood, sino también que es lo suficientemente notable en poder de atracción para competir en precio de admisión con lo mejor que hoy día ofrece Broadway en obras teatrales.

Resultado de todo esto son los vacíos que se oyen repetidamente en los círculos cinematográficos de que «Catalina la Grande» posiblemente alcance la extraordinaria distinción de ser la primera cinta inglesa que llegue a rendir la asombrosa suma de un millón de dólares, en el mercado estadounidense solamente.

Si hace un año alguien hubiese aventurado semejante predicción con respecto a una película inglesa, con seguridad lo hubieran tomado por loco rematado. El hecho de que hoy se mencione seriamente la posibilidad de tamaña cifra como producto de un film inglés, es prueba contundente del formidable avance que ha experimentado la industria cinematográfica inglesa durante el pasado año.

«Catalina la Grande» revela en su más áureo esplendor el genio histrionico de Elizabeth Bergner, aclamada en Europa como «la Sarah Bernhardt de la pantalla». Compartiendo con ella los honores estelares, está Douglas Fairbanks hijo, quien, en el rol del zar Pedro III, aparece por vez primera en una película inglesa. Sir Gerald du Maurier y Flora Robson, celebrados artistas ingleses, interpretan también importantes pa-

peles en esta vivida dramatización de la carrera triunfal de Catalina en su ambición de conquistar el trono de Rusia. La película fué dirigida por Paul Czinner, uno de los más destacados directores europeos, y que es, dicho sea de paso, el esposo de Elizabeth Bergner.

El sensacional éxito de «Catalina la Grande», siguiendo tan de cerca a su igualmente triunfal predecesora, «Los amores de Enrique VIII», ha dado bastante que pensar a Hollywood. Aun los émulos de Santo Tomás, que concenpúan a «Los amores de Enrique VIII» como una pasajera nube de verano, han perdido su aplomo usual ante el exitazo de «Catalina la Grande». Con gusto quisieran poder aducir que se trata de otra «casualidad», mas no les queda otro remedio que convenir en que es otra proeza.

Dos de los más grandes cineastas de Hollywood—Samuel Goldwyn y Joseph M. Schenk—, vieron en seguida «la escritura en la pared» y no perdieron tiempo en hacérselo ver a los otros productores de películas.

Samuel Goldwyn, cuyos conocimientos en materia de producir películas son sobradamente conocidos y admirados, y quien recientemente añadió «Escándalos romanos» y «Naná» a su extensa lista de éxitos cinematográficos, no titubeó en avanzar una llamada de alarma después de haber visto «Los amores de Enrique VIII» y «Catalina la Grande». Sus palabras textuales, fueron:

«A menos que Hollywood despierte de su letargo y reorganice sus métodos de producción, dando más importancia a la calidad y a la cantidad, corre el peligro de perder su supremacía como magno centro mundial de producción de películas. No existe, ni puede existir, monopolio alguno de producción; y la prueba de ello está en el magnífico progreso que hoy vemos en la industria cinematográfica inglesa.»

Joseph M. Schenk, presidente de la United Artists, compañía que tiene afiliaciones con las dos más importantes editoras de películas inglesas—British & Dominions y London Films—, regresó hace poco de Inglaterra, donde tuvo la oportunidad de observar personalmente el programa y las actividades de la industria cinematográfica inglesa.

Schenk voceó también el grito de «Los ingleses avanzan», mas hace hincapié en que en la invasión británica hay que ver un acicate en vez de una amenaza.

«Inglaterra, por razón de la calidad de sus películas—declara Joseph M. Schenk—obliga a Hollywood a reconocer su importancia como uno de los más jofentes capitales de la cinematografía. Esto no quiere decir que Hollywood está perdiendo su supremacía como el centro dominante

de la producción cinematográfica mundial, pero el reto, sin embargo, es muy serio, y ha llegado la hora de que los productores de Hollywood reformen y concentren sus esfuerzos.

«Hollywood no puede por menos que aceptar esta competencia amistosamente, ya que gracias a ella resultará beneficiada la industria, tanto en California como en Londres.

«Con «Los amores de Enrique VIII» Inglaterra saboreó las primicias de la gloria que ganan en todo el mundo las películas de genuino temple épico. Los ingleses poseen el ambiente y las facilidades naturales para semejante género de producciones, y en Alexander Korda tienen un productor-director que conoce, por la experiencia que tuvo en Hollywood, nuestro sistema de hacer películas. En «Catalina la Grande», la cinematografía inglesa ha sobrepujado su previo gran éxito con «Los amores de Enrique VIII». Alentados con estos dos triunfos, los productores ingleses siguen avanzando valientemente en sus ambiciosos planes para la venidera temporada.

«Hablando en nombre de la United Artists y en el de mi propia compañía productora, Películas Siglo XX, me congratulo de esa rivalidad, y me propongo fomentarla con el intercambio de estrellas y personal de producción. Con tal fin, he hecho arreglos para que varios de nuestros artistas y técnicos tomen parte en películas inglesas, películas que la United Artists distribuirá mundialmente. De este modo ganaremos el doble objetivo de mejorar la calidad de las futuras películas inglesas y el de impulsar a Hollywood a mayores y más sonados esfuerzos.

«En el análisis final, no puede existir conflicto alguno entre Inglaterra y Norteamérica. El arte de la cinematografía es internacional en sus alcances. No admite fronteras, limitaciones de nación o de raza, o barreras de lenguaje. El público mundial acogerá siempre con entusiasmo y agrado toda película de mérito, no importando donde haya sido hecha!»

W. C. Fields, colabora en el diálogo de su próximo film para la Paramount

Aunque su nombre no aparecerá en la pantalla sino como intérprete de uno de los papeles de la película de la Paramount titulada «Digame lo a mí» (You're telling me), el famoso actor cómico W. C. Fields ha colaborado en la redacción del diálogo de dicha obra.

El colmo de la combatividad

A la lista de los colmos hay que agregar el colmo de la combatividad, que ha sido el demostrado por Edmund Lowe y Victor McLaglen al pelear como dos valientes a trece pies de profundidad en la película «Basta de mujeres» (No more women), producción de Charles R. Rogers para la Paramount. Ambos hacen en ella el papel de buzos.

y nadie dió explicaciones. Entonces se dijo que habría una versión americana de «The brothers Karamazov», con Ronald Colman, y también esto pasó al olvido. «The way of a Lancer», drama de su propia época e inspirado en ambiente militar, se mencionó como la obra con que haría su debut, pero las semanas pasaron y pasaron los meses y los años sin que Anna apareciera.

El público nada sabía. Pero privadamente muchas cosas ocurrían. Nunca estrella alguna ha recibido semejante cuidado. Las pruebas y las lecciones continuaban incesantemente y Samuel Goldwyn pagaba las cuentas con una sonrisa. Se leyeron y se rechazaron muchas historias, hasta que por fin apareció la que parecía perfecta, la obra inmortal de Emile Zola «Naná», la historia de una muchacha de la calle que se eleva a prodigiosa altura. Se anunció que Anna Sten aparecería como «Naná», y la producción comenzó de prisa.

¡Cuánto cuidado en la selección del reparto! ¡Y cuánto cuidado en los escenarios! ¡Qué hermosos vestuarios! No se escatimaron esfuerzos ni dinero. Y por fin, cuando la película estaba por la mitad, cuando se habían gastado en ella doscientos cincuenta mil dólares, Samuel Goldwyn quiso ver los rollos terminados. La cinta pasó una, dos, tres veces en el cuarto privado de proyección, y después de interminables horas, Goldwyn se puso en pie, se estiró y, dirigiéndose a sus socios, que estaban presentes, dijo: «Está bien, pero no bastante bien. Echenla al cesto y comenzaremos de nuevo».

Y así, con un gesto breve, Samuel Goldwyn echaba al cesto la mitad de un millón de dólares.

Cada pie de film se destruyó. Se despidió el reparto. Se cambiaron los directores y se alteró la historia. Y por fin, Anna Sten comenzó la segunda versión de su primera película en América.

De nuevo los gastos se multiplicaron. Miles, cientos de miles de dólares, y Samuel Goldwyn pagaba las cuentas sonriendo.

El productor sabía, como sabe siempre, lo que hacía. Y cuando la película estuvo lista para la pantalla, Samuel Goldwyn sonrió de nuevo; el film era sensacional.

Sería interesante, sin duda, saber lo que piensa Anna Sten de la América, de Hollywood y de Samuel Goldwyn. De un hombre y de una industria que gastan una fortuna a fin de producir lo mejor. Lo que piensa del público que hace imposible semejantes gastos, pagando a su vez para ver una obra que represente la mejor calidad en el mercado. Pero Anna Sten nada dice; su silencio es completo.

Las cosas, pensará la actriz, eran diferentes en Kiev, diferentes en la pequeña compañía de artistas en Crimea; diferentes en los Estudios

de Moscú y hasta en los comparativamente opulentos de Berlín. Pero nadie sabe lo que piensa Anna Sten. Y no es que se trate de una conspiración, aseguran Anna Sten y Samuel Goldwyn. Es que Anna no tiene aún nada que decir.

Cuando su película haya llegado a los públicos, cuando «Naná» haya sido presentada y también «Resurrección», que está en preparación y que será su segunda película, entonces la esfinge rusa hablará...

Mientras tanto, Anna Sten se perfecciona en el idioma inglés, hablando ya bastante fluentemente, aunque con un ligero acento que hace su entonación más melódica y encantadora.

Estudia sin descanso para dominar la lengua que es difícil aun para aquellos que hablan varios idiomas continentales.

Anna lee mucho, desde Oscar Wilde a O. Henry. En las horas de las comidas, habla inglés y en la lengua natal. Conoce las obras de Shakespeare en alemán, francés y ruso, y ahora quiere poderlas leer en inglés. Asiste al cinematógrafo cuatro o cinco veces a la semana y admira entusiastamente el talento histriónico de Lionel Barrymore, Paul Muni y Eddie Cantor. Admira a Mae West en particular; una preferencia que es casi universal. No asiste a las fiestas de Hollywood, pero ha reanudado amistades que comenzaron en Moscú, en Berlín y en París.

Anna Sten siente gran interés por el espiritismo, la telepatía y las

metafísicas. Lee estos asuntos y de ellos aprende cuanto puede. Pero detesta los caprichos y las manías. Es generosa cuando se trata de prodigar tributos de admiración a los otros artistas de la pantalla y ha adquirido el hábito hollywoodense de asistir a los «matches» de boxeo y de luchas de fuerza. Ha descubierto un pequeño restaurant húngaro, frecuentado en su mayor parte por músicos, en el cual la estrella sovieta encuentra gran satisfacción culinaria. Le gusta Palm Springs, pero su casa de vivienda está situada cerca del mar y ella es una nadadora vigorosa. Le gustan las poesías y las flores, los bordados. Posee una colección de muñecas, cada una de las cuales tiene un nombre. Sin embargo, a pesar de toda esta indiscutible feminidad, Anna Sten detesta cualquier cosa que tienda a niñería, niñería o estupidez.

Y ahora, lector, conoces cuanto es posible conocer por el momento acerca de Anna Sten, la muchacha que ha sabido salvar tantos obstáculos en un esfuerzo determinado de llegar a la cima en la profesión elegida por su voluntad.

Quizás leyendo entre líneas, la encontraras mucha más belleza, carácter y talento, y también vislumbrarás un destello del genio que Samuel Goldwyn descubrió en la fotografía de un periódico.

Si no encuentras todo eso en esta historia, entonces verás a Anna Sten en la película «Naná», y ella te hará ver muchas cosas con más claridad que yo.

«Una dama galante»

Seis de los más celebrados ilustradores americanos asistieron recientemente a una exhibición especial de la película 20th Century «Una dama galante», comisionados por la United Artists, la compañía distribuidora del film, para dibujar la escena o detalle que a su entender representase lo más memorable de este cautivador cinedrama. Los seis artistas se distinguen por su estilo personalísimo, y los dibujos que ejecutaron muestran un contraste singularísimo. Sus lápices trazaron en el papel la más fuerte impresión que a cada uno de ellos causó la película, y es muy curioso observar sus reacciones. Sus dibujos son un notable ejemplo de cómo un grupo de genios artísticos, acostumbrados a visualizar la parte más prominente de cuanto ven sus ojos y sienten sus almas, se sintieron afectados tan diversamente por esta obra cinematográfica.

Los artistas en cuestión fueron Diego Rivera, el gran pintor mejicano, gloria de la escuela realista moderna, cuyos trabajos en los Estados Unidos han ganado últimamente enorme atención gracias al furor que causaron los frescos que pintó ha poco en el edificio más

grande del mundo, en el llamado «Centro Rockefeller»; y Howard Chandler Christy, James Montgomery Flagg, McClelland Barclay, Bradshaw Crandall y Hayden Hayden, todos ellos ilustradores de fama mundial.

Varios de estos maestros del pincel, dibujaron sólo a Ann Harding, mientras que otros escogieron como tema las escenas más descolantes de «Una dama galante». Vistos los seis dibujos en conjunto, no solamente forman una interesantísima colección de lo más saliente que tiene la película, sino que sirve también para apreciar claramente las dominantes características del trabajo de estos notables artistas.

Víctor McLaglen trabajará en «El crimen de las vanidades»

Una vez que termine la filmación de «Su propio verdugo» («The Man Who Broke His Heart»), Víctor McLaglen dará comienzo a la de «El crimen de vanidades». En el reparto de este film Paramount se hallan Carl Brisson, Kitty Carlisle, Jack Oakie y Toby Wing.

la potencialidad que el cinematógrafo ofrecía como agente de propaganda. Esto dió valor a actores y directores y estableció la escuela donde un buen material podía ser modelado ventajosamente.

Durante los tres años que siguieron, Anna Sten tuvo su aprendizaje frente a la cámara cinematográfica y frente a las candilejas. Aprendió la técnica del cine bajo el tutelaje de Inkijinoff. Si el lector tuvo la oportunidad de ver el discutido film «Storm over Asia», quizá recuerde la labor de Inkijinoff como actor y director del mismo.

En el teatro, Anna trabajó bajo la dirección de Stanislavsky. A los dieciocho años, con más experiencia y madurez, hizo su debut en Moscú, como miembro de la compañía que presentaba los dramas de Pirandello, Maeterlinck, Ibsen y otros. La muchacha recibía así una fundación para su arte, que no podía comprarse con la mayor fortuna del mundo.

Anna sentía predilección por las películas. Su compañía la envió a la frígida Crimea, donde interpretaría pequeños papeles en otra compañía menor, con la esperanza de que la joven perdiera el entusiasmo. Pero Anna fue. Gracias a las abundantes faldas de la familia, logró mantenerse a buena temperatura. De las estepas de Crimea volvió a Moscú e ingresó en los Estudios del raro nombre «Meschprom». Hizo buenas y malas películas; le dieron grandes y pequeños papeles, desarrolló su talento, afirmó su carácter y aprendió a llevar la cabeza siempre en alto.

El romance se introdujo en su vida. El era director de cine, de escasa fama, pero joven como ella. Le hizo la corte con ardor y supo transmitirle la llama de su propia pasión.

Las cosas no estaban aún completamente organizadas en el Soviet. «Mañana» podía traer muchas sorpresas. Solamente la hora presente era segura. El joven murmuró frases prometedoras en los oídos de la joven actriz, la estrechó apasionadamente entre sus brazos y por fin fueron a la Comisaría del pueblo, donde firmaron un papel: la ceremonia nupcial estaba consumada.

Pero el amor no fué bastante fuerte para contrarrestar el Destino. Aquel matrimonio no estaba en su sino. Ni aquel ni otro, todavía. Fue un año de ciego correr detrás de la felicidad, y otro día los jóvenes volvieron al comisario, firmaron otro papel y quedaron libres de nuevo. Un proceso sencillo y directo: ni libros, ni anillos, ni perjurios.

Después, Anna volvió a casarse. Pero esta es otra historia.

Los acontecimientos se precipitaron. Feodor Ozep fué elegido para dirigir «The yellow ticket» y él, a su vez, eligió a Anna Sten como estrella del film. La producción toda era una justa de genio: él de Ozep y el de Anna Sten. Y aquella obra no sólo los hizo famosos a ellos, si-

no a la industria del cine del Soviet.

Si una película producida con tan escasos recursos en un Estudio de Rústia podía alcanzar semejante fama, ¿qué no podía hacerse con películas rusas hechas con equipo y material superior, disponible en el mercado alemán? Un plan se formó y los jefes de la Empresa mandaron a Ozep y a Anna Sten a Berlín.

Pero durante su ausencia, las cosas cambiaron en Moscú. Hubo que abandonar el programa. Pero Anna se quedó en Alemania. Le ofrecieron un papel en una película alemana y aunque la joven desconocía el idioma, estudió atanosamente durante varias semanas, hasta aprender las líneas de su papel. Después estudió dos semanas bajo el tutelaje de profesores franceses, interpretando el mismo papel en la versión gallega del mismo film. Finalmente consiguió un permiso del Gobierno Soviet para poder firmar un contrato con la poderosa compañía Ufa, y quedar fuera de su país natal por tiempo indefinido.

Trabajó junto a Kortner y Jennings. Sus triunfos crecieron con su interpretación en «Trapaze», «Tempesta» y «The brothers Karamazov». El Destino le fué propicio y hasta permitió una segunda visita de Cupido a su vida.

Un accidente automovilístico arrojó románticamente a Anna Sten en los brazos de un nuevo amante. Pero esta vez no hubo protestas apasionadas, sino una substancial y seria proposición matrimonial, de un hombre de mundo: Herr Doktor Eugene Franke, honrosamente condecorado en dos profesiones, la de abogado y la de arquitecto; viudo y con una hija de trece años.

Poco después, se casaban. Y aquí volvemos al comienzo de esta historia. Y nos encontramos con Samuel Goldwyn, observando curiosamente una página de un periódico americano, donde aparecía en cierto film alemán, exhibido en un oscuro teatro.

Han pasado dos años. Y no fué solamente el «buen parecido» de Anna Sten lo que viera Samuel Goldwyn. Oculto en alguna parte el gran descubridor de estrellas visualizó algo de cegadora brillantez, con un aura dorada radiando sobre una frente. Y si Goldwyn es hombre de visión, es también hombre de acción.

Emisarios fueron mandados inmediatamente a las lejanas tierras para investigar las posibilidades que ofrecía Anna Sten. Aquellos reportaron cuanto ya sabemos, en los más entusiásticos términos. Y cuando Regina Crewe conocida crítico de Nueva York, dijo que Anna Sten representaba el más sensacional descubrimiento de la época, la oficina principal de Samuel Goldwyn aceleró el latir de su pulso.

Y la Capicenta sovieta embarcó en su legendaria calabaza, esta vez una calabaza marina, para buscar la fama y la fortuna en Hollywood.

«¿Qué piensa usted de América?» preguntó un reporter a Anna Sten cuando ésta desembarcó en Nueva York.

Y Anna respondió la única palabra que sabía:

«¡La adoro!»

Entonces, Anna Sten estaba lejos de ser el producto terminado que es hoy. Era poco más o menos el material crudo. Quizás algunos la prefiriesen así. Es cuestión de gustos.

Una muchacha alta, fuerte, sedida y pobremente vestida. Con curvas en los brazos y en los hombros. Se no vigoroso y manos largas y bien modeladas, pero desprovistas de joyas. Figura ancha y esbelta, como corresponde a su descendencia rusa-sueca. En la frente comba una cicatriz en forma de flecha que llegaba hasta la sien. Ojos de color gris sombrío, sombreados por pestañas espesas y rizadas que al moverse despedían reflejos de azul eléctrico. Cabellos oscuros... al menos en la raíz. Gruesos labios pintados de rojo subido, contrastando con la piel blanca. Dientes pequeños, blancos e irregulares.

Todas estas imperfecciones, el cabello, la cicatriz, los dientes, eran parte indefinible de su personalidad fascinadora. Nada artificial existía entonces en su apariencia o en sus maneras. Anna Sten era lo que era. Y cuanto tenía la pertenecía: desde las piernas largas y bien modeladas, hasta la nariz pequeña e imperceptible. Así era Anna Sten cuando llegó a Nueva York, penúltima etapa del viaje que había comenzado en Kiev y que terminaría en Hollywood. Tenía veintidós años y frente a ella una vida entera de emociones, aventuras, tragedias, romances. Esa era la muchacha en quien Samuel Goldwyn se disponía a gastar trescientos mil dólares, sin un centavo de ganancia.

Llegó sin miedos y nada la alarmó. Nueva York le era familiar por las películas que de él había visto. Aseguró, valiéndose de un intérprete, que aprendería el inglés de la misma manera que había aprendido francés y alemán. Presentaba un aspecto de gran frialdad, casi de estolicismo. Pero podía reír a voluntad. Podría aparecer flemática, pero nunca tonta. Dijo que su estrella favorita era Mickey Mouse, pero por la forma en que lo dijo, se comprendía que tenía sus reservaciones mentales.

Herr doktor Franke, no apareció en el cuadro, pero venía con ella, quizás para echar su mirada legal sobre los contratos futuros; o quizás para supervisar la estructura de su carrera filmica.

Hollywood la miró con recelo. La había visto llegar y partir antes. Habría que esperar. La curiosidad era grande, aunque discreta. Pero Samuel Goldwyn y Anna Sten hicieron cuanto había que hacer para no satisfacerla. Se rumoreó que aparecería en «Su único pecado», pero la película se produjo sin ella.